

Bebida, abstinencia e identidad masculina en la Ciudad de México*

STANLEY BRANDES**

Booze, abstinence and masculine identity in Mexico City. *This article explores the way in which the members of a group of Anonymous Alcoholics from a poor zone of Mexico City ponder about the multiple meanings of masculinity. Since in many sectors of Mexican society the construction of masculinity is linked to alcohol consumption, when the members of Anonymous Alcoholics stop drinking, they face the question of their own gender identity. Based on ethnographic research, this article shows how in the process of telling their personal stories, the members of the group criticize—as well as affirm—the traditional definitions of masculinity.*

Key words: *booze, abstinence, masculine identity, Mexico City.*

Este trabajo, que se refiere a un grupo de Alcohólicos Anónimos en una zona pobre de la Ciudad de México, analiza un ambiente social donde los miembros se ven obligados a reflexionar acerca de los múltiples significados de la masculinidad. El grupo, al que yo he denominado Apoyo Moral, está compuesto enteramente por hombres de la clase trabajadora que emigraron a la ciudad hace aproximadamente unos diez años, en un intento por mejorar su situación económica. Todos ellos sufrían serios traumas físicos y emocionales por beber en exceso. Después de años de vanos intentos por controlar el hábito, encontraron alivio gracias a su ingreso en Alcohólicos Anónimos.

Para estos hombres, al igual que para muchos otros en México, abstenerse de la bebida representa graves problemas, porque para grandes segmentos de la sociedad mexicana la ingestión alcohólica es inherente al papel masculino. Cuando los hombres dejan de beber en forma radical, como lo requiere la membresía en Alcohólicos Anónimos (A.A.), se ven obligados a cuestio-

nar su propia identidad de género. Por esta razón, en Apoyo Moral, al igual que en los otros grupos de A. A., una parte significativa de su trabajo terapéutico se dedica a examinar y manifestar la propia masculinidad. A través de las historias personales vertidas en las juntas del grupo, los hombres tanto critican como afirman las definiciones tradicionales de masculinidad. Estas reuniones, que se convocan tres veces por semana, no sólo les permiten, sino que prácticamente los obligan, a evaluar y a afirmar la identidad masculina de manera individual y colectiva.

Es importante considerar algunas de las maneras en que el alcohol define el papel masculino en México. Christine Eber, una especialista en género y en alcohol, encuentra evidencias de que, desde la antigüedad y durante todo el periodo de la Colonia, los hombres siempre han tenido “más libertad para beber” que las mujeres (1995: 23) y éste es un patrón que ha persistido hasta nuestros días. Virtualmente, la bebida es una característica obligatoria del ritual religioso y de todo

* Artículo recibido el 11/12/01 y aceptado el 28/01/02. Traducción de Lia Cabib.

** Department of Anthropology, University of California, Berkeley, CA 94720, USA. Correo electrónico: brandes@SSCL.Berkeley.EDU.

tipo de encuentros ritualizados en los que los hombres participan con bastante frecuencia. Los ejemplos más obvios provienen del ámbito religioso. En todo México, la bebida en los hombres es, y lo ha sido desde hace mucho tiempo, un aspecto esencial de los procesos rituales (véase por ejemplo, Brandes, 1988: 174-178; Taylor, 1979: 61; Madsen y Madsen, 1979; Warren, 1985: 92) y, lo que es más, esta relación se extiende más allá de México a gran parte de América Latina (véase, Doughty, 1979: 73-74; Heath, 1985; Leacock, 1979; Nash, 1985: 208). En la misa, sin excepción, el sacerdote es un hombre que toma la comunión por medio de la ingesta de vino. Durante los ritos de pasaje, y muy en especial en los bautizos y matrimonios, son sobre todo los celebrantes masculinos los que intercambian en público botellas de licor y las consumen como parte formal del proceso ritual. Ingham (1986: 151) sostiene que en Tlayacapan, población localizada en la parte central de México y a menos de dos horas de la Ciudad de México,

...la bebida forma parte del comportamiento masculino típico. Si bien es posible que las mujeres tomen un poco en las fiestas, es difícil que lleguen al punto de la intoxicación y, si llegaran a hacerlo, por lo general sería lejos de la vista de los hombres más importantes de sus vidas. Muy por el contrario, los hombres pueden tomar en forma copiosa en las fiestas, durante el Carnaval, los fines de semana o prácticamente en cualquier momento.

En la fiesta de los Tastoanes en Zapopan, en las afueras de Guadalajara, a los hombres enmascarados que según los espectadores representan su papel de manera satisfactoria, se “los recompensa con una jarra de ‘huariche’, que es el término local para referirse al licor fuerte, por lo general, mezcal o tequila” (Nájera-Ramírez, 1997: 19). El carácter ceremonial tradicional de los sanadores masculinos del pueblo y de los funcionarios públicos de Mitla, en el estado de Oaxaca, “se presta a beber continuamente” (Parsons, 1936: 187).

Los hombres toman de manera rutinaria durante los rituales que marcan el ciclo de la vida y en las fiestas comunitarias. En el México rural, los músicos contratados, que por lo general son hombres, reciben comida y bebidas alcohólicas en retribución por tocar en las festividades comunitarias y familiares (véase, Foster, 1983: 138; Nutini, 1984: 152). En las celebraciones de Todos los Santos y del Día de Muertos (1 y 2 de noviembre), los miembros de la familia suelen colocar en las tumbas y en los altares de sus casas las cosas que le gustaban al difunto. Es muy común que las bebidas alcohólicas figuren entre las ofrendas que se disponen en los altares dedicados a los familiares masculinos

muertos. Pero esto nunca sucede en el caso de las mujeres, ni aun cuando se supiera que a la madre o a la hermana difunta les gustaba disfrutar de una determinada bebida alcohólica; esto se debe a que la familia decide mantener en secreto esa preferencia, ya que su exhibición pública sólo podría traer vergüenza sobre la muerta y sobre sus parientes. Durante las fiestas de la comunidad se espera que los “mayordomos” (ya sea religiosos o civiles, que asumen estos puestos en forma rotativa) distribuyan e ingieran grandes cantidades de alcohol. Existe una literatura antropológica muy rica que describe las obligaciones de los mayordomos en las poblaciones indígenas de los Altos de Chiapas, lugar donde el alcohol ocupa un papel ritual central (véase, Bricker, 1973; Cancian, 1965; Nash, 1985; Vogt, 1993). También en Chiapas, con frecuencia las disputas legales se resuelven por medio de algunas botellas de licor que el agresor entrega a la víctima. Excepto en el caso de litigios entre los miembros de una pareja que tiene muchos años de casada, son siempre los hombres los que dan y reciben bebidas alcohólicas en estas transacciones (Collier, 1973: 24-27, 100-103).

Los hombres mexicanos demuestran su amistad por medio de la bebida. Tanto Lomnitz (1977: 175 y ss.) como Gutmann (1996: 177) demuestran que en la Ciudad de México el consumo de alcohol es intrínseco a la amistad masculina. En todo México, cuando los hombres son todavía jóvenes, y por ello se les prohíbe ingerir alcohol, suelen jugar a los amigos que toman juntos, pero a las niñas nunca se les ocurriría un juego semejante. Cuando los varones adolescentes o recién casados están haciendo nuevos amigos es normal que se digan algo como, “¡Nos tenemos que emborrachar juntos un día de éstos!”, pero sería totalmente inusual que las mujeres externaran algo parecido. Gutmann (1996: 173) observa que en la capital del país, “Todos los días, y con más razón los días feriados, se pueden encontrar hombres ingiriendo ‘unas copas’ (bebidas alcohólicas) en las calles...” Por otra parte, pregunta en una nota adicional (Gutmann, 1996: 174), “¿pero qué es lo que sucede con aquellos hombres que se pasan todo el día en su casa y además están sobrios? Es que acaso esos hombres, por lo menos en forma implícita, ¿son menos masculinos que los ebrios que se encuentran en las calles?” Por supuesto que la respuesta es no. Aunque tomar en las calles es algo normal, y hasta predecible en el caso de los hombres, en el de las mujeres sólo podría dar cabida al escándalo.

Dado el carácter central del alcohol en la vida del hombre mexicano, no es de extrañar que el problema de la bebida represente para ellos la causa principal de muerte durante lo que se conoce como el periodo productivo (de los 35 a los 65 años). La mortalidad por

alcohol se produce de manera directa por cirrosis o, indirecta, como resultado de accidentes y homicidio (Menéndez, 1990: 9). Más aún, y de acuerdo con los datos, quienes más sufren como consecuencia del exceso de alcohol son los hombres pobres, especialmente los que migran a la ciudad procedentes de los ámbitos rurales para trabajar en la construcción u otro tipo de trabajos manuales (Menéndez y Di Pardo, 1996: 173). Sin embargo, estos problemas no son privativos de la ciudad. En el estado de Morelos, Romanucci-Ross encontró una fuerte correlación entre masculinidad, violencia y bebida. Según este autor,

El hecho de que los hombres se involucren más en la violencia y en los homicidios refleja no sólo códigos de comportamiento diferentes... sino también el derecho exclusivo que tienen los hombres a beber y embriagarse aun fuera de las ceremonias religiosas (las mujeres beben moderadamente y sólo en las fiestas). La conexión entre el comportamiento agresivo violento y el alcoholismo es casi completa. Según mi opinión, el agresor es casi siempre una persona que bebe mucho o es un alcohólico y, en la mayoría de los casos, se encuentra intoxicado cuando se comete la agresión (Romanucci-Ross, 1973: 136).

En México, al igual que en otras partes del mundo, ni la bebida ni la embriaguez son características exclusivas de los hombres. De esto no necesariamente se desprende que un hombre pierde su identidad masculina si se abstiene de tomar alcohol (Gutmann, 1996: 173-195). No obstante, desde el punto de vista ideológico y a partir de la conducta observable, se puede inferir que para los hombres, o al menos para la gran mayoría de los hombres pertenecientes a la clase trabajadora mexicana, la ingesta de alcohol y la embriaguez están estrechamente relacionadas con la identidad masculina. Es fácil que en México un hombre se cuestione su identidad de género si decide dejar el alcohol de una vez y para siempre. El análisis de las reuniones de Apoyo Moral muestra la manera en que un grupo de hombres de la clase trabajadora trata de manejar este problema.

Desde el punto de vista oficial, ningún grupo de Alcohólicos Anónimos puede ni debe alegar la exclusividad social sobre la base del género o de ningún otro aspecto relacionado con la identidad social. Las juntas de A.A. siempre comienzan con la declaración de que "Alcohólicos Anónimos es una comunidad de hombres y mujeres [el énfasis es mío] que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza de poder resolver su problema común y ayudar a otros a rehabilitarse del alcoholismo. El único requisito para ser miembro de A.A. es el deseo de dejar de beber". No obstante, en

México, los miembros son hombres en una abrumadora mayoría. En 1991, un equipo de estudio informó que, en la Ciudad de México, el 91% de los miembros de Alcohólicos Anónimos eran hombres (Rosovsky, Casanova y Pérez, 1991: 138). En el resto del país, sostienen los autores, "la proporción es aún mayor" (*Ibid.*: 1). Aunque ese estudio demuestra que el número de mujeres en A.A. se ha incrementado ligeramente con el tiempo, el equipo de investigación se lamenta de que, "aún persisten las actitudes discriminatorias del machismo y el paternalismo hacia las mujeres, lo cual dificulta la participación femenina" (*Ibid.*: 142). En una investigación reciente sobre los patrones de ingesta de alcohol por parte de las mujeres, Margarita Vega está convencida de que las mujeres mexicanas necesitan un desahogo terapéutico que no sea precisamente Alcohólicos Anónimos: "Una mujer que ha desarrollado el problema del alcoholismo se encuentra más sola, por lo que necesita de un mayor apoyo social. Desde el punto de vista psicológico se ha encontrado que las mujeres que llegan a A.A., traen consigo diferentes problemas emocionales debido a que sienten más culpa que los hombres, su autoestima está más afectada y estas necesidades deben tomarse en cuenta" (Vega, 2000: 4 A). Más aún, es importante destacar que el perfil demográfico de los miembros de A.A. en México no se diferencia radicalmente del de otros países con respecto al género. Mäkelä *et. al.*, (1996: 171) sostienen que "los hombres de todos los países han constituido y siguen constituyendo la mayoría de los miembros".

Cuando los hombres de la clase trabajadora ingresan a un grupo de Alcohólicos Anónimos en la Ciudad de México, lo que hacen, en esencia, es sustituir un grupo de amigos hombres por otro. De acuerdo con Lomnitz (1977: 175-180), durante la década de los setenta, en la capital del país, los trabajadores varones de la construcción sólo desarrollaban amistades masculinas. Llamaban a sus amigos "cuates" (literalmente, "mellizos") porque, por encima de todo, "el acto de emborracharse" (*Ibid.*: 176) produce ese vínculo, ya que "el emborracharse juntos representa un alto grado de confianza" (*Ibid.*: 177). Y como lo manifestó uno de los informantes de Lomnitz, "Cuando uno está sobrio no puede decir el tipo de cosas que cuenta cuando está borracho; éstas son tus verdades" (*Ibid.*: 176). Otro hombre le dijo, "Como yo no tomo, es por eso que no puedo tener amigos" (*Ibid.*: 177). (Por otra parte, en agosto del 2000, un hombre de Matehuala, en el estado de San Luis Potosí, me dijo exactamente lo mismo.)

Ahora, una generación después del estudio de Lomnitz, los hombres de Apoyo Moral usan la misma terminología que los informantes de ella. En forma repetida, en las historias personales grabadas, así como

en las conversaciones cotidianas, los miembros del grupo nombran a sus antiguos amigos varones de la época de su alcoholismo activo como los “cuates” y marcan la diferencia entre los cuates y sus nuevos compañeros varones, a los de Alcohólicos Anónimos en general y a los de Apoyo Moral, en particular, a quienes se refieren como los “compañeros”. Los cuates aparecen en las narraciones de las historias de vida como las criaturas diabólicas que tientan a quienes llaman sus amigos hasta llevarlos a las cantinas y seducirlos para que tomen todavía una copa más. Los compañeros, por el otro lado, representan la posibilidad de recuperación de los insalubres efectos del alcohol.

Debido a que Alcohólicos Anónimos sostiene que el alcoholismo es una enfermedad mortal, los hombres de Apoyo Moral consideran que sus antiguos cuates eran poco menos que los mismos heraldos de la muerte. David habla amargamente del trato que recibió por parte de sus anteriores compañeros de parranda cuando trató de distanciarse de ellos: “tuve que soportar la humillación de mis amigos porque cuando me veían me [decían]: ‘¡Eh, ven y tómate una copa!’.” Su respuesta (que por cierto es bastante típica) consistía en rehusarse con el pretexto de que “estoy tomando medicina”. Pero los amigos se burlaban de él y lo acusaban de ser cobarde: “Es que te van a pegar... [le decían] tienes miedo... tu esposa te va a regañar... te convertiste en un “hermano”, o sea, en un fanático protestante.

Piensan que porque dejé de tomar soy protestante o evangelista, etc., ¿sabe? Esto es lo que tuve que sufrir porque es insoportable... Es una cosa insoportable que lo estén a uno picando y picando tratando de hacerlo caer a uno, de hacerlo caer otra vez en la bebida... porque, me decían una y otra vez, “es que allá en tu casa te van a golpear” o “te van a regañar” o “eres un... “ o “te convertiste en un hermano” o “eres un borracho arrepentido”, ya sabe, y otras cosas por el estilo. Porque esa gente no entendía, ellos no comprendían. Y para entonces yo ya más o menos me podía dar cuenta que lo que estaba salvando era mi pellejo, se trataba de mi propia vida. Eso era lo que yo estaba salvando, sin preocuparme por la de ellos porque a ellos al fin y al cabo les gusta vivir así. Pero yo ya no quería vivir de esa manera, nunca más. Lo que yo quería era librarme del infierno en el que me había hundido, ese agujero de lodo que era el alcoholismo, esas arenas movedizas de donde uno tantas veces quiere desesperadamente escapar y no puede.

Después de más de una década de sobriedad, David tiene que negociar con sus antiguos cuates las invitaciones que todavía le hacen para irse a tomar una copa con ellos. Pero, como él dice, “es estúpido,

por ejemplo, que yo, como [miembro de] Alcohólicos Anónimos, en lugar de buscar las amistades beneficiosas, decida entrar a una cantina, porque yo, gracias a Dios, ya ni siquiera meto un pie en una cantina... ese ya no es mi ambiente”.

Renaldo, de 64 años y 17 de estar sobrio, recuerda que empezó a tomar cuando tenía 16. Al principio tomaba solo y frecuentaba las cantinas que se encontraban en la ciudad más grande y cercana de donde él vivía. Todo esto ocurrió en su estado natal de Querétaro, inmediatamente después de que el gobierno abriera la primera carretera que partía de la pequeña rancharía de Comalones hasta la cercana ciudad capital.

Querétaro quedaba lejos de donde yo vivía, lejos también de Comalones. Más o menos, mmm..., caminando eran más o menos dos horas desde allí. Y bueno, cuando abrieron la carretera, porque antes no había ninguna carretera, en aquel tiempo nosotros no sabíamos nada de lo que eran los autobuses, no sabíamos lo que era un carro, no sabíamos lo que era un radio, nada, nada. Todo eso era, mmm..., como dicen, estaba muerto, era como que no existía. Sólo después fue que empezamos a ver todo eso, cuando abrieron la carretera... y ahí fue cuando yo empecé a ir a la cantina.

La pequeña rancharía de Comalones, como luego se supo, tenía sus propias cantinas. Pero Renaldo prefería caminar las dos horas a Querétaro para evitar que lo vieran. “A mí no me gustaba tomar ahí [en Comalones] porque me daba vergüenza. A mí me daba vergüenza de pensar que me podían ver tomando y entonces, para que no pudieran verme, bueno, me hacía todo el camino hasta la ciudad. Me regresaba tarde en la noche”.

A los dieciséis años, dice Renaldo, empecé a ir, pero no me dejaban entrar y entonces me echaban. No dejaban entrar a los menores a la cantina pero yo pedía permiso para entrar, les decía que iba a orinar, ¿sí? Pero entonces, cuando ya estaba adentro, sentía que tenía que tomarme un tequila, ¿sí? En mi pueblo pueden tomar muchísimo tequila y bueno, así fue como empecé. Después, cuando fui mayor, ya no me hacían problema para entrar. Pero cuando ya cumplí los dieciocho años ya me dejaban entrar en todas las cantinas y... ahí fue cuando empecé a quedarme atrapado en el alcohol... y bueno, me empezó a gustar... en realidad, cuando empecé a tomar, no tenía ningún amigo. Estaba solo, ¿sí? Después, ya siempre necesitaba compañía para tomar. Entonces ya me juntaba con mis amigos para tomar y tomar, y bueno, echar relajo, como dicen... eso es, estarnos riendo allí en la cantina, estar, mmm..., jugando, jugando una vuelta más.

Renaldo, al igual que los otros integrantes de Apoyo Moral, describe el acto de beber como un acto social. Una vez que fue mayor de edad, se acabaron sus sesiones de bebida solitaria y empezó a hacerlo de manera exagerada con sus amigos. Cuando ya se encontraba en la Ciudad de México como inmigrante, su madre se quejaba de que su manera de beber había empeorado. “Aquí es donde comencé a tomar... mmm..., con fervor, ¿sabe?, porque aquí es cuando empecé a tomar con personas que eran alcohólicas, y bueno, después terminé igual que ellos. Ellos ya estaban alcoholizados, eran muy buenos para tomar, y bueno, empecé a pasármela con ellos dando vueltas sin hacer nada”.

David y Renaldo son ejemplos típicos de los hombres de Apoyo Moral. La amistad, específicamente con otros hombres, fue la base de su carrera como bebedores, de igual manera que la amistad fue lo que les ayudó a salir del alcohol. Cuando David fue por primera vez a una junta de A.A., se enojó con el programa:

Yo creía que ahí (en la junta del grupo) me iban a poner una inyección, ya sabe, para decirme que ésa es la manera de ir dejando la bebida hasta que finalmente uno la deja. Pero no, fue todo lo contrario. Me dijeron que si yo de veras quería dejar de tomar, fuera a las juntas y escuchara y que júntate con nosotros, únete a los triunfadores. Yo no entendía nada, yo no entendía nada porque... porque estaba bloqueado por mi alcoholismo, estaba mentalmente bloqueado, físicamente destruido, desecho moralmente... y, económicamente, bueno, de eso ¡mejor ni hablo!... Entonces empecé a ir [a las juntas] con este amigo y de poquito en poquito comenzó a llegarme. Por supuesto que me tuve que disciplinar, tuve que hacer el esfuerzo, tuve que hacer el sacrificio de dejar de salir a divertirme con la gente con la que me iba por ahí... , porque los cuates con los que yo me iba a tomar... por supuesto, tuve que dejar de verlos por un tiempo razonable, ya sabe.

En la actualidad, David es un miembro establecido de Alcohólicos Anónimos. Hace memoria y recuerda sus primeras juntas en el grupo y recuerda la perdurable validez de las palabras de sus compañeros: “Aquí [en A.A.] te vamos a ayudar, aquí te vamos a dar las armas para que te puedas defender allá afuera”.

Los estudiosos han señalado que para el alcohólico en recuperación, las juntas de Alcohólicos Anónimos pueden resultar tan adictivas como lo fue el mismo alcohol. Se reemplaza una compulsión por la otra: la persona que tiene éxito en mantenerse abstinentes es porque tiene “el don de sustituir el alcohol por las personas” (*Ibid.*: 259). Los hombres de Apoyo Moral relatan experiencias que confirman este análisis, aunque sea sólo parcialmente. De hecho, el grupo de Alcohólicos



Anónimos se convierte en un sustituto, pero no tanto del alcohol en sí mismo como de los antiguos cuates con los que se iban de parranda. Un grupo de hombres reemplaza al otro. Para seguir en forma apropiada el programa de Alcohólicos Anónimos se necesita pasar mucho tiempo fuera de casa. Las juntas de Apoyo Moral son tres veces por semana y muchos de los hombres participan en dos grupos que se reúnen en días alternos, lo cual significa que virtualmente se pasan fuera de casa todas las noches de la semana. Ya sea sobrios o tomando, a los hombres de Apoyo Moral les gusta establecer conexiones con otros hombres que se relacionan con el alcohol de la misma manera que ellos. Es muy probable que para estos hombres la calidad de la vida familiar mejore gracias al programa de A.A, aunque lo más seguro es que el número real de horas que pasen con la familia no sea mayor de lo que era antes de ingresar a él.

De lo que no cabe duda es de que los hombres de Apoyo Moral perciben a Alcohólicos Anónimos como la salvación de su familia. David, cuya familia se había destruido completamente por sus problemas con la bebida, expresa el ideal de A.A.:

Ya le conté de los compañeros que llegaron [a A.A.] prácticamente destruidos, que ya casi ni siquiera eran dueños de sus propias vidas. Y ahora, gracias a A.A., que existe no sólo en nuestro país sino en todo el mundo, tenemos esta gran esperanza de salvarnos a nosotros mismos de las garras del alcoholismo, de ser buenos ciudadanos, de ser buenos esposos, de ser buenos hijos y también buenos trabajadores. Entonces esto es lo que se gana por ser miembro de Alcohólicos Anónimos. Te sacan de un lugar para llevarte a otro mucho más positivo... pero lo más importante, como le dije hace un rato, es que la familia [de un

miembro de A.A.] vive tranquila, porque la esposa ya no se anda preguntando a qué horas va a regresar su borrachito a la casa, en qué estado va a venir, o si va a llegar todo golpeado y si va a golpear a su propia esposa y a los niños. O si va a traer a la casa dinero para el gasto, porque... un borracho no puede cumplir con sus responsabilidades.

Cumplir con sus propias responsabilidades es precisamente uno de los preceptos básicos de Alcohólicos Anónimos. Y la propia responsabilidad con los miembros de la familia —los padres, la esposa o los hijos— es de capital importancia. Por supuesto, dice David, algunas veces los hombres inducen a sus esposas a la bebida. “Ese es un error grave”, sigue diciendo, “porque después ya no va a haber un solo alcohólico, un borracho, sino dos. Y si estos dos son los jefes de la familia, eso va a ser un infierno para los niños, una vida de traumas, de tristeza y de lágrimas...”

El matrimonio de David, al igual que el de innumerables alcohólicos, se destruyó por su manera de beber. Cuando estaba borracho, maltrataba mucho a su esposa. Después de entrar a A.A. trató de convencerla de que regresara, pero ya era demasiado tarde para eso y terminó perdiéndola. Durante la mayor parte de los dos años que pasé ahí haciendo mi estudio de campo, la pareja compartía la casa y la cocina, pero arreglaba sus horarios para asegurarse de que hubiera entre ellos el mínimo contacto posible. Si llegaban a encontrarse dentro de los confines de su pequeñísima casa, ni siquiera se dirigían la palabra.

Eduardo compartió esa triste experiencia con la pareja con quien vivía en unión libre. Ella lo dejó debido a sus episodios alcohólicos, a pesar del hecho de que acababa de quedar embarazada. Eduardo dice:

Entonces decidimos separarnos. Ella dejó mi casa, su pobre casa. Yo soy del estado de Zacatecas y mi pueblo es Jaramillo. Bueno, entonces, junto con esa mujer, yo tenía una amiga. Y, usted sabe, de verdad... me pone triste acordarme de eso. Porque todo lo que hice fue arruinarle la vida a esa pobre mujer, a mi esposa. En realidad mis intenciones eran buenas, pero el alcohol las destruyó por completo... Después, ella me dejó, ya sabe, tuvo que trabajar un tiempo. Yo no le pasaba pensión porque no hubo nadie que me obligara y porque yo no quería, siendo el “cule-ro” que soy. Yo estaba enojado porque ella se había ido de mi casa, ya sabe, y sólo me vino a buscar cuando ya había tenido al niño. Entonces, después ella encontró a otro hombre y creo que viven en algún lugar de por aquí, en la Ciudad de México, no sé dónde. El problema es que, por lo que yo sé, lo que me dijeron, ¿sí?, es que el tipo la trataba muy pero muy mal, porque ella también se hizo alcohólica y tomaba y tomaba. Se peleaban mucho y él le pegaba.

Eduardo se describe a sí mismo como descuidado e irresponsable, actitudes que son producto de su carrera como bebedor. Su historia está llena de imágenes de violencia y alberga sentimientos persistentes de hostilidad y de autorecriminación. De acuerdo con los estándares oficiales de A.A., este tipo de sentimientos es un indicador seguro de que su problema con la bebida está sólo parcialmente resuelto.

Los hombres de Apoyo Moral están absolutamente conscientes de que su abuso del alcohol produjo en su momento un tremendo dolor emocional y físico a las mujeres más cercanas y más queridas para ellos, en especial a sus madres y esposas, quienes sufrieron de una manera muy similar a las “mujeres que sufren” de Kaja Finkler (1994). Los hombres de Apoyo Moral difieren de la mayoría de sus congéneres mexicanos en que están abiertamente arrepentidos. Su participación en Alcohólicos Anónimos les permite desahogar su arrepentimiento y éste es un espacio donde se interpreta la expresión de ese arrepentimiento más como una fuerza que como una debilidad.

A mediados de los noventa, Eduardo experimentó una pérdida terrible cuando su hermana y su madre murieron en un lapso de seis meses. Poco después de esto, Eduardo fue capaz de decirme:

Hace poco, durante mi último ataque de bebida, perdí a mi mamá, ¿sí? A mi hermana y a mi mamá... Bueno, claro que me sentí mal, porque una vez que uno pierde el apoyo moral de una madre, ¿sí?, de una hermana, bueno, uno se siente mal. En especial por lo mucho que yo hice sufrir a mi madre, ya sabe, por mi hábito con la bebida... ¡Oh!, me sentí tan, pero tan mal. Hubiera celebrado once años en A.A., y bueno, tuve otra recaída. ¿Y quién cargaba con el fardo?: mis hijos, mi mujer, mi mamacita, ¡mi mamá!, porque ella era la que me cuidaba, ¡mucho! ¡mucho! Mi mamacita se murió el 8 de noviembre... físicamente yo no lastimé a mi madre, pero, moralmente, esa es otra historia. Moralmente, yo siempre estaba borracho. Y ella siempre preocupándose de que si yo habría comido, o que si yo estaba tomando, si dónde estaría durmiendo y qué estaría haciendo. Todas esas cosas la agotaron, le robaron el sueño, le robaron su propio bienestar. Y por eso es que se dice que un alcohólico es un ladrón, que por su propia naturaleza es un ladrón. Porque un alcohólico roba la tranquilidad, le roba a su familia la posibilidad de dormir tranquilo.

Cuando Eduardo hablaba al grupo de su remordimiento, su voz se quebraba y rompía en llanto, una señal que, de acuerdo con el contexto de A. A., manifiesta su sinceridad, su valentía y su fuerza. De seguro que entre los hombres mexicanos de la clase trabajadora, como aquellos que se encuentran en Apoyo



Moral, estar sobrio, al igual que el hecho de haber renunciado al poder arbitrario que ejercían sobre sus esposas, podría considerarse como afeminado. Al margen de lo que puedan sentir en su interior, es muy inusual que los hombres expresen abiertamente sus sentimientos de culpa por maltratar a las mujeres. En Alcohólicos Anónimos, por el contrario, los hombres pueden abstenerse de beber y pueden también pedir perdón en público a sus mujeres, sin necesariamente por eso poner en duda su masculinidad. En A.A. los hombres se dan cuenta, de acuerdo con las palabras de David, de que “si el jefe de la casa está borracho, hay infelicidad, hay sufrimiento, lágrimas, enfermedad y también miseria. El alcoholismo produce todo esto. El alcoholismo destruye los hogares”.

Uno de los principales cometidos de Alcohólicos Anónimos es el de ayudar a los alcohólicos a sobreponearse a sus conflictos internos y a reconciliarse con su pasado. Sin embargo, algunos hombres usan el podio para reforzar su perpetuo dominio sobre las mujeres. Raúl es uno de esos casos. Se trata de un zapatero, un hombre robusto de unos cuarenta y cinco años. Aunque tiene una apariencia atildada, más que ninguna otra persona en el grupo, Raúl parece dominado por una fuerza combativa y agresiva. Durante los meses que yo pasé en el grupo de Apoyo Moral, él aparecía y desaparecía de las juntas. En una ocasión, después de una larga ausencia, fue llamado al podio donde pasó la mayor parte de su testimonio hablando en contra de Iris, su esposa. Contó que habían discutido acrememente, por lo que la abandonó junto con sus hijos durante ocho meses. Esa experiencia le dio a ella una

buena lección, dijo. Tuvo que ir a mendigarle tortillas y frijoles a sus hermanos y hermanas. Él ya se lo había advertido: “tus hermanos no te van a apoyar porque ellos ya tienen a sus propios hijos a quien cuidar”. Parecía complacido de informar al público que su advertencia había resultado cierta, ya que la familia no había ayudado económicamente a la hermana abandonada. A estas alturas, Raúl puso en evidencia el lado cruel, casi sádico de su personalidad. En lugar de comer muy buenos trozos de carne los domingos, dijo, los niños sólo comieron “puros chilaquiles” y sólo “chilaquiles” (la comida del hombre pobre, hecha con restos secos de tortillas) y, en vez de ponerse ropa nueva a comienzos del año escolar, los niños sólo usaron las herencias de sus primos, ropa y zapatos de segunda mano. Raúl repetía que eso había sido una lección para ella. Parecía tan indiferente por el bienestar de sus hijos como por el de su propia esposa. Para terminar con esta historia, Raúl informó que estaban juntos otra vez, pero que finalmente él ya le había enseñando una que otra cosa. (Desde entonces ya se volvieron a separar y, según parece, esta vez es la definitiva.)

Como ya dije, Raúl es una excepción. Los otros hombres de Apoyo Moral hablan con gran remordimiento de las heridas que les provocaron a sus padres, esposas e hijos. Por haber ingresado en Alcohólicos Anónimos, tienen la esperanza de poder redefinir las relaciones familiares con el fin de maximizar la igualdad y el respeto entre los miembros de la pareja. Este esfuerzo implica de por sí una redefinición de lo que significa ser hombre. Los hombres de Apoyo Moral saben que, como alcohólicos en recuperación, deben renunciar a su papel de amos autoritarios en el hogar. Tienen que compartir las labores de la casa y asumir la responsabilidad que les corresponde con los niños. Para marcar esta nueva relación, se rehúsan a emplear el término mexicano común de “esposa” y en su lugar se refieren a sus cónyuges de manera precisa como “compañeras”, ya que consideran que con esta designación elevan en forma automática a sus esposas a una posición de igualdad.

De hecho, al usar el término de “compañera”, los hombres reúnen simbólicamente todas las categorías de las mujeres con quienes conviven. El término “compañera” se usa para nombrar sin distinción a las mujeres legalmente casadas, así como a aquellas con quienes viven en unión libre. En potencia, también las mujeres involucradas en relaciones románticas de larga duración son “compañeras”. Normalmente, el matrimonio formal por la Iglesia tiene más prestigio que la unión libre y, como resultado del acto, el hombre adquiere una esposa. En consecuencia, y de manera simbólica, el hecho de reemplazar el término de

esposa por el de compañera, implica erradicar un sistema de dos niveles que eleva a los hombres formalmente casados por un sacerdote por encima de quienes viven en unión libre.

Hablar de “compañera” ayuda a producir el denominador común que los hombres consideran como ideal. Al mismo tiempo, este término equipara a la socia femenina con el hombre que se encuentra en A.A. Simbólicamente, este uso eleva a su pareja a un *status* que trasciende al de pareja sexual, esposa y madre; la transforma en una especie de amiga y la coloca en el mismo nivel de los hombres del grupo. De igual manera, al equiparar a los compañeros de Apoyo Moral con la compañera de la casa se los convierte en casi parientes. Simbólicamente, se transforman en una especie de familia.

En el transcurso de seis meses, Eduardo sufrió la pérdida de dos de sus parientes femeninos más cercanos: “mi hermana falleció el 26 de junio y mi madre el 8 de noviembre”, dice. “Me quedé solo y hoy todo lo que tengo son mis compañeros de A.A. y todos ustedes son mis amigos, mis verdaderos amigos”. Por lo regular, los hombres de Apoyo Moral equiparan la amistad con la familia. Como se refleja en el uso de los términos compañero y compañera, los amigos se convierten en familia y la familia en amigos.

Al finalizar la cuarta de mis juntas en Apoyo Moral, anuncié al grupo mi deseo de llevar a cabo la presente investigación. David me ofreció sus palabras de apoyo: “Eres bienvenido al grupo”, me dijo. “Tienes una familia aquí, porque nosotros somos como familia”. Al unirse a A.A., los hombres de Apoyo Moral hacen más que sustituir a un grupo de hombres por otro, porque por lo menos para algunos de ellos, el grupo se convierte en una familia sustituta.

Los alcohólicos en recuperación, como es el caso de los hombres de Apoyo Moral, no pueden elevar su identidad masculina mediante el recurso de compartir la bebida. En una reversión abrupta de las normas, a la cual George Vaillant interpreta en términos psicoanalíticos como una formación reactiva (Vaillant, 1995: 243), estos hombres han llegado a considerar que tomar y emborracharse son la antítesis de la masculinidad. Mientras que antes amaban y apreciaban el alcohol, ahora lo odian y lo rechazan. El autor considera que este vuelco emocional es “esencial para la abstinencia” (*Ibid.*) y que, cuando esto no se da, existe un alto riesgo de recaer.

Si bien los hombres de Apoyo Moral ya no pueden expresar su masculinidad a través de la bebida, cuentan con otras alternativas para ello. Una consiste en sostener una redefinición de la masculinidad que excluye el consumo de alcohol. David requiere de reafir-

mación constante. Cada vez que cuenta su historia personal, deja en claro que Alcohólicos Anónimos produce “hombres de verdad, hombres enteros, hombres íntegros”. Tanto él como muchos otros dentro del grupo usan el podio para declarar, “Soy manso, pero no soy menso”. Arturo, cuya pequeña estructura parece no estar muy de acuerdo con su fuerza de voluntad y lo temerario de su asertividad, me explicó esta expresión que más bien parece una fórmula. Uno tiene que ser tolerante, dijo, pero no puede permitir que alguien le pase por encima. Cuando la gente trata de aprovecharse de uno, hay que saber cómo “sacar las uñas” y “mostrar las garras”. Arturo sostiene que sufre de “neurosis”, su término preferido para describir su incontrolable enojo. En muchas ocasiones, y por disputas sobre problemas políticos, había abandonado del salón de juntas con actitudes llenas de ira. Aunque definitivamente Arturo no tiene nada de “menso”, su actitud demasiado impetuosa tiende a socavar su efectividad política dentro del grupo.

Una mañana me senté en el gastado sofá en el minúsculo recibidor de la casa de losa que David comparte con su enemistada esposa. Como mencionó que antes de entrar a las juntas él era un machista y un sexista, le pedí que se explicara.

Bueno, ser un machista en mi país... err..., usted debe haber escuchado hablar mucho del machismo mexicano, del macho. El macho es una persona que no se interesa por los sentimientos; es un tipo de gente a quien sólo le interesa lo que él hace y lo que él dice. Y, en realidad, eso no puede ser... Lo que le gusta es dar órdenes, pero él no quiere hacer nada, y lejos de dar el ejemplo poniendo sus propias palabras en práctica... Y antes de llegar a A.A., yo era ese tipo de persona. Lo único que sabía hacer era dar órdenes, decir, por ejemplo, “Oye, y qué pasó, ¿por qué no barriste hoy? Y ahora, ¿por qué no sacudiste el polvo? ¿Y por qué no tendiste la cama? O, si no, “tráeme esto” o “lleva esto para allá” o házme tal cosa o tal otra y, en verdad, eso está muy mal.

David tiene la gran capacidad de sentir empatía por el trabajo pesado que realizan las mujeres y precisamente la empatía es un sentimiento que él no tenía antes de ingresar a Alcohólicos Anónimos. David cree que, desde que entró a A. A., sus ideas y hábitos han cambiado. El hecho de tener que vivir solo, separado de su esposa, lo ha obligado a aprender a cuidarse a sí mismo.

Como ya le dije, no es fácil vivir solo, ni tampoco es agradable. Míreme a mí, por ejemplo, yo estoy solo. En este momento, usted está aquí, conmigo, y eso me hace mucho bien, pero, aparte de eso, yo me siento feliz. Me siento feliz

porque, como ya le dije, hago el quehacer, barro, riego las plantas, quito el polvo y lavo mi ropa. Pero antes yo nunca hacía este tipo de cosas y eso era porque mi machismo no me lo permitía. Yo pensaba que las tareas de la casa eran sólo para mujeres y esto es un gran error... pensar que el quehacer de la casa son cosas destinadas a las mujeres es un error grave.

Para David, ser hombre tiene poco que ver con abstenerse de hacer las tareas que, por tradición, son femeninas. La identidad masculina parece derivar de ser autosuficiente y de tener la capacidad para cuidarse a sí mismo. Esta visión representa un cambio radical con respecto a su punto de vista anterior.

Las historias personales, que tienden a saltar de un tema a otro, abordan con gran frecuencia el tema de las labores domésticas. La redefinición de las esposas y de las mujeres que comparten la vida con los hombres como compañeras implica una nueva división sexual del trabajo. Es por eso que los hombres dicen que ahora colaboran en las labores domésticas como nunca lo habían hecho antes de ingresar a Alcohólicos Anónimos. Resulta claro que un número muy reducido de los hombres que frecuentan el grupo están felizmente casados, lo cual significa un gran adelanto con respecto a las luchas familiares de sus años como bebedores. Genaro, quien es, por mucho, el de mejor situación económica del grupo, lleva a su esposa y a los niños a dar largos paseos fuera de la ciudad durante los fines de semana y además participa con su esposa en las actividades de la iglesia. Por otro lado, Emilio, quien comparte con su esposa e hijo una sola casa con la familia de su hermano, vive en aparente armonía con todos ellos.

Sin embargo, la mayor parte de los hombres casados del grupo siguen teniendo problemas familiares y es obvio que las juntas del grupo les proporcionan un foro para ventilar con libertad esas dificultades. Amador es una de esas personas. Tiene cerca de sesenta años y atiende un pequeño puesto de frutas y verduras muy cerca del local de Apoyo Moral. Una noche, en el podio, Amador contó su historia. Había tomado de manera consuetudinaria desde que era un niño y durante más de treinta años. La vida no le había parecido más que un suspiro, se le había ido muy rápido, dice. Había sido muy triste y lo peor era que sus hijos resultaron ser unos ingratos. Se preguntaba amargamente si todo su sufrimiento había tenido alguna consecuencia positiva, ya que ni su esposa ni sus hijos mostraban ningún tipo de gratitud por todo lo que él había hecho por ellos.

Jacinto también ventila sus problemas matrimoniales cuando se encuentra en el podio. Cuenta que cuando era un alcohólico activo, mientras él y su espo-

sa iban caminado por la calle, ella siempre comentaba: "Esa pareja sí que se ve contenta. Mira, ¿no te parece que ellos sí están enamorados y que disfrutan estando juntos?" Entonces él le decía, "bueno, así son ellos, pero tú y yo somos diferentes". Pero desde que Jacinto está en recuperación, él siente que ahora es su esposa, y no él, la que tiene un trato difícil. No se llevan bien. Y cuando van caminando juntos es él quien ahora internamente sentirse tan feliz como las parejas con las que se cruzan en la calle. Pero se guarda este deseo como un secreto que sólo revela al grupo y jamás cuenta a su esposa. A la vez, Jacinto se preocupa porque se masturba compulsivamente y confiesa esta preocupación al grupo cada vez que presenta su testimonio. Sin embargo, jamás relaciona de modo explícito sus hábitos sexuales con su falta de felicidad en el matrimonio. En lugar de considerarlo como un síntoma de que las cosas no marchan bien en su relación marital, lo ve como un problema en sí mismo al que necesita vencer y eliminar.

Cuando está en el podio, Renaldo tiende a repetirse continuamente y a hablar de generalidades. Ocasionalmente, no obstante, hace a un lado su estrategia defensiva para dar testimonio de historias dolorosas y detalladas de su pasado alcohólico. En una oportunidad, cuando su tiempo ya se estaba acabando, dejó sus historias ya gastadas y por demás conocidas y de pronto su voz se hizo ronca. Contó que un día al regresar a casa encontró a su mujer con otro hombre. El amante intruso salió volado con Renaldo corriendo por detrás. Mientras corría, Renaldo le tiraba piedras con la intención de matarlo. Pero el hombre saltó el muro de adobe que rodeaba la propiedad de Renaldo y escapó. En ese preciso momento, el reloj de la sala de juntas sonó para indicar que Renaldo debía dejar el podio a la siguiente persona. De manera totalmente inusual para él, Renaldo excedió sus quince minutos y siguió hablando. Era obvio que el incidente era sumamente traumático y que experimentaba un gran alivio catártico al contar la historia. Después de repetirla varias veces, terminó con una pregunta retórica, "¿cuándo hubiera podido contar esto en una cantina? Por supuesto, la respuesta implícita era, "nunca". Sólo a los compañeros de A.A. podían hacerse confesiones de esta naturaleza. En otras reuniones, Renaldo había hablado sobre la manera en que solía llegar borracho a su casa de regreso de las pulquerías donde pasaba largas horas y su esposa se enojaba tanto que incluso llegaba a golpearlo. Cuando empezó a asistir a las juntas de A.A., dijo que se preguntaba "¿cómo es posible que haya admitido que mi esposa me pegara? Pero ahora sostiene que el hecho de poder hablar tan abiertamente sobre estos asuntos le ha ayudado a permanecer sobrio.

Las historias personales relacionadas con los problemas familiares suponen la aceptación de los papeles y de los valores de género tradicionales, según los cuales, las mujeres deben ser fieles y no agredir a sus maridos. Los esposos y las esposas tienen que ser felices juntos y disfrutar una vida sexual mutuamente satisfactoria. En el caso de Renaldo, el haber sido engañado representó para él no sólo una experiencia vergonzosa, sino también castrante. Contar una historia como ésta en el grupo conlleva un valor enorme, debido a que el incidente de por sí representa un grave ataque a la masculinidad. Por otra parte, Renaldo tuvo mucho cuidado de incluir en la narración su reacción al encontrar a su esposa con un amante: salió de la casa con gran violencia con la intención de matarlo, lo cual es exactamente lo que las normas masculinas tradicionales dictan. En cuanto a Jacinto, es obvio que es muy difícil para él confesar la falta de felicidad que existe en su matrimonio. Sin embargo, su repetida y hasta casual confesión pública sobre el hecho de que se masturba compulsivamente sirve al menos para comunicar al grupo que sexualmente sigue siendo activo, lo cual, nuevamente, es importante para cualquier hombre que se respete.

El tema de la masturbación aflora también en las historias personales de otros hombres. Eduardo afirma que está preocupado por su masturbación excesiva. Sostiene que era “muy joven” cuando empezó a masturbarse, ya que sólo tenía once años, y aunque ahora, que tiene aproximadamente unos treinta y cinco, considera que ya es demasiado viejo para hacerlo, lo sigue practicando de manera compulsiva, incluso varias veces al día. Al revés de Jacinto, cuando habla de masturbarse, Eduardo parece más jactancioso que preocupado. Aunque afirma que el hecho de masturbarse lo pone ansioso, el tono jubiloso de su voz lo desmiente. Implícitamente, la confesión de Eduardo sirve para hacer público que su libido es activa. Soltero y sin ninguna relación romántica por ese entonces, consciente o inconscientemente, Eduardo usaba su testimonio para comunicar que él no se sentía conforme con su abstinencia sexual absoluta. La persecución del placer es una cualidad necesaria para cualquier hombre que se considere completamente desarrollado.

Haydée Rosovsky (1991: 2) destaca que hacer alardes sexuales es una característica normal de las historias personales en las juntas de Alcohólicos Anónimos en México, y las observaciones realizadas en Apoyo Moral concuerdan con este hallazgo. David señaló en repetidas ocasiones durante la presentación de sus historias personales que, después de más de una década de sobriedad, su alcoholismo ya estaba bien controlado y que ya no necesita de A.A. para mantenerse

en ese estado. En cambio, apunta que el grupo le ayuda a controlar otros impulsos negativos que persisten insistentemente a pesar de sus múltiples intentos por superarlos. Los más fuertes, sigue diciendo, son la “envidia” y la “lujuria”. Sin entrar en detalles explícitos, las declaraciones públicas de David lo presentaban como un varón mexicano que funcionaba de forma normal. Otros compañeros, como Pedro, por ejemplo, no eran para nada discretos cuando hablaban en público de sus relaciones extramaritales y, de manera rutinaria, Pedro hacía gala de su descontrolada sexualidad. Cuando tenía trece años tuvo sexo con una niña de dieciséis y a partir de entonces, sostiene, ha pensado continuamente en el sexo.

A todas luces, Emilio se encuentra felizmente casado y, sin embargo, sus historias personales revelaban relaciones prolongadas con otras mujeres. Según sus palabras, éste era el único problema que nunca había podido superar. Siempre ha sido un “mujeriego”, confiesa, con un aire que combina el orgullo con el remordimiento. Periódicamente, los testimonios que Emilio ofrece se refieren a la lucha interna que cada noche debe liberar al final de la jornada laboral: ¿va a ir a visitar a “la vieja” con la que sostiene una relación amorosa o sería mejor que asistiera a su junta de A.A.? El hecho de encontrarse en la junta es señal indiscutible de su fuerza moral, lo cual opera como una muestra adicional de su masculinidad. Emilio se presenta a sí mismo como un hombre que lucha permanentemente por mantener sus instintos libidinosos dentro de sus límites; a veces sus esfuerzos tienen éxito y otras no. Pero en cualquiera de los dos casos, lo que afirma, es precisamente su masculinidad. Testimonios como los de David y Emilio, contados como confesiones públicas a un grupo de hombres, reproducen las relaciones de género fuera del ámbito de las juntas. En primera instancia se trata de alardes sexuales, pero cuando éstos se narran en el contexto de las historias personales, esos mismos alardes aparecen disfrazados como debilidad moral. La admisión abierta de esa debilidad es ya una evidencia suficiente del propio valor que, a la vez, deja muy en claro la hombría de los oradores. En realidad, los hombres que usan el podio de Apoyo Moral para hacer pública su actividad sexual descontrolada no tienen nada que perder, porque, a pesar de su abstinencia de la bebida, de manera inevitable lo que logran por medio de la confesión es exactamente lo que buscan: reforzar su identidad de género.

Los miembros de Apoyo Moral que no están casados se enfrentan a una forma particularmente grave de inseguridad social, ya sea en el caso de que vivan solos —lo que para muchos hombres de la clase trabajadora de México es un destino lamentable para cualquier ser

humano—, o que vivan con sus hijos casados y sufran la permanente amenaza de ser echados por sus propias familias. Su tristeza y falta de seguridad surgen con frecuencia en sus testimonios. Es cierto que, en teoría, estos hombres aceptan e incluso adoptan una redefinición de los roles de género. Ellos afirman que luchan por la igualdad: renuncian generosamente a su posición tradicional de detentores incuestionables del poder en la familia, a la vez que demuestran su interés por realizar las tareas del hogar tradicionalmente restringidas a las mujeres. Y, no obstante, y a pesar de las nuevas creencias que puedan profesar, estos hombres han fracasado en satisfacer un papel masculino fundamental: el de ser las cabezas de sus propios hogares. No son los jefes de sus hogares. Probablemente ésta sea la razón por la que recurren a sus historias personales de la forma más explícita posible para abordar temas relacionados con la identidad de género.

Excepto por dos o tres de los hombres que asisten al grupo de Apoyo Moral, sus circunstancias de vida están muy lejos de ser ideales. Quienes viven solos o como dependientes en los hogares de sus parientes tienen motivos naturales y suficientes para querer dejar esas casas: en busca de compañía humana, en el primer caso, o como una manera de huir de las dificultades domésticas, en el segundo. Entre quienes se sienten infelices dentro de la relación matrimonial, la vida fuera de sus hogares es preferible a la infelicidad de adentro. El grupo proporciona a estos hombres una forma lícita de escape a la esfera pública. Al mismo tiempo, para todos y cada uno de los miembros de Apoyo Moral, la asistencia a las juntas les ofrece un refugio que es culturalmente válido fuera de su vida familiar, la cual es del dominio femenino por excelencia.

Es importante recordar que Apoyo Moral sólo está compuesto por hombres y que esta circunstancia contribuye a perpetuar algunos de los patrones que seguían en compañía de sus cuates cuando tomaban juntos. La admisión abierta de una actividad sexual fuera de control y la defensa violenta del honor propio se encuentran entre los temas comunes que arrastran desde antes de sus días en A.A. Otro patrón que llevan

al salón de juntas se asocia con el lenguaje masculino y se refiere al uso permanente de un vocabulario obsceno. Hay un compañero que prácticamente siempre da inicio a su testimonio con la confesión de que, “Sigo siendo un culero”, aseveración que un hombre difícilmente realiza si se encuentra en compañía de mujeres y niños. La blasfemia de “pinche”, la cual prácticamente carece de significado pero que podría traducirse como “joder”, surge en casi todas las frases de algunas historias personales, al igual que el mexicanismo típico de “chingar”. Hay también otros patrones lingüísticos que incluyen referencias casuales a los genitales y al comportamiento erótico que, aunado a los recuentos de sus fantasías y de las conquistas sexuales, imparten un tono machista a las juntas de Apoyo Moral. E incluso cuando estos hombres confiesan su propia debilidad, el uso de lenguaje obsceno, en especial de uno

que dirige la atención hacia sus bien dotados atributos físicos, opera como un mecanismo para contrarrestar ese mismo mensaje. Una noche, en el podio, Emilio dijo que siempre se sentía nervioso cuando se tenía que levantar para hablar: “Me tiemblan los huevos”, manifestó. Por su parte, Pedro también describió el miedo que sintió cuando iba a dejar el alcohol para ingresar a Alcohólicos Anónimos como, “Me costó un huevo, hasta los dos”. Sólo en la compañía exclusiva



de hombres se pueden hacer aseveraciones de este tipo, las cuales, por sí solas, ponen de manifiesto cuál es la identidad sexual de los hablantes.

Resulta paradójico, además, que el tono del macho se vea reforzado por las confesiones de un espontáneo deseo homosexual cuando se encuentran bajo la influencia del alcohol. Horacio es un hombre fortachón de una treintena de años que llegó por primera vez al grupo un mes después que yo. Nacido y criado en la Ciudad de México, vivió la mayor parte de su vida adulta en la costa, donde se casó y tuvo hijos. Allí, él mismo colaboró en la fundación de un grupo de Alcohólicos Anónimos que empezó a funcionar con cinco miembros.

Horacio habló en forma conmovedora de sus temores con respecto a la capacidad de A.A. para mantenerlo sobrio. Pero sus miedos probaron ser infundados, confesó. Después de este preámbulo, se concentró en el recuento de su "loco" comportamiento como alcohólico activo. Cada vez que se emborrachaba, se desvestía frente a sus cuates, abría sus brazos y gritaba, "¡Quiero hombre!". Iván, de aproximadamente la misma edad que Horacio, fue persuadido por su esposa de ingresar a A.A. Aunque ella había insistido una y otra vez en que buscara un grupo, él se resistió durante mucho tiempo diciéndole que, "Mira, yo me puedo pasar dos semanas sin tomar, ¿no?" A lo que ella contestaba, "pero siempre recaes". Entonces se convenció. El recuerdo más importante de Iván era que el ambiente de las pulquerías le resultaba "desagradable" y que había un detalle que lo confundía de manera particular y era que, cuando los hombres estaban orinando, se agarraban los penes unos a otros. En esos casos él se preguntaba, "¡Eh!, ¿qué está pasando aquí?"

Los compañeros se ríen nerviosamente cuando escuchan confesiones sobre el deseo homosexual. Las historias de vida grabadas revelan muchos más encuentros de este tipo que los que surgen en las juntas, porque éstas son un marco formal y público. Incluso uno de ellos se vanaglorió en privado conmigo de haber tenido sexo con catorce hombres, además de dejar en claro al mismo tiempo que era él quien siempre había penetrado a los otros. Sin duda, se sentía con la libertad suficiente como para hacer este tipo de confesión debido a que, en el contexto latinoamericano, el papel activo en los encuentros homosexuales no necesariamente representa un estigma (véase, Carrier, 1995: 15; Lancaster, 1992: 242; Klapp, 1964: 412; Paz, 1961). Y, sin embargo, este hombre estaba amargado porque, después de haber contado esta experiencia en el podio, su anonimato se vio traicionado por un compañero supuestamente confiable. Lo que no queda del todo claro a partir de las revelaciones relacionadas con los

contactos homosexuales que se oyen en Apoyo Moral es si en verdad reflejan experiencias ampliamente compartidas o, si de hecho, ni siquiera son ciertas. No obstante, al describir sus deseos y encuentros homosexuales como parte de su oscuro pasado, parecería ser que estos hombres quieren, en el presente, marcar distancia con este tipo de comportamiento.

La afirmación permanente de la heterosexualidad es especialmente notable en el contexto exclusivamente masculino de las juntas de Apoyo Moral. Al mismo tiempo, en este tipo de ambiente de tejido muy cerrado e íntimo, donde estos hombres confiesan sus debilidades y lloran frente a todos los demás al admitir sus faltas, hacen todo lo que pueden para introducir cualquier mecanismo lingüístico o de comportamiento que les permita demostrar una identidad masculina fuera de toda duda. En consecuencia, en la sala de juntas de Apoyo Moral prevalece una atmósfera ultramasculina.

Los hombres de este grupo se las arreglan para conservar un sentido de identidad masculina a la vez que revocan lo que en México fue, y sigue siendo, uno de los códigos de género más rígidos: permanecer sobrios contra viento y marea. De lo que no cabe duda es de que, en su búsqueda de la identidad, los miembros de Apoyo Moral se benefician por el hecho de vivir en un contexto social sumamente fluido. Gutmann (1996: 9) logra captar la esencia de ese flujo social que se está dando en la actualidad cuando dice que, "no existe un conjunto estable de cualidades de género esenciales y determinantes que permitan captar la situación de la región (México y América Latina) como un todo; inexorablemente, las variaciones que están surgiendo en cuanto al género lo tornan imposible".

Es muy probable que en el año 2000 sea más fácil ser abstemio en la Ciudad de México que hace cincuenta años. En la actualidad hay más de mil quinientos grupos de Alcohólicos Anónimos formalmente registrados sólo en la Ciudad de México, y es posible que existan muchos más que, como Apoyo Moral, se resistan a afiliarse a cualquier organización central. En cierta medida, A.A. debe su rápida expansión precisamente a la reorganización de los papeles e ideales de género, los cuales se han dado con rapidez durante los últimos treinta años. De un modo creciente, la abstinencia del alcohol es sólo otra forma de ser hombre. Los miembros de Apoyo Moral, al igual que otros miles que vienen a constituir más del noventa por ciento de los miembros de A.A. en México, ya no necesitan sentirse como parias en su lucha por permanecer sobrios, y a la vez pueden considerarse a sí mismos como personas que contribuyen a la reconfiguración social que hoy en día se está dando no sólo en su ciudad, sino también en todo el país.

Reconocimientos

Quiero agradecer a Elizabeth Colson, Matthew Gutmann, Geoffrey Hunt, Roland Moore y a Linda Anne Rebhun por los comentarios con los que contribuyeron al desarrollo de este trabajo. Además, agradezco a Suzanne Calpestri, Leticia Casanova y Andrea Mitchell, quienes me proporcionaron una extraordinaria ayuda relacionada con la bibliografía. También a Chester H. Kirk, catedrático de la Universidad de Brown, quien durante julio del 2000 me benefició con apoyo intelectual y financiero del Centro para el Estudio del Alcohol y las Adicciones. El Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Brown me ofreció una generosa hospitalidad durante el mes que tuve mi residencia. Tanto los nombres de los lugares como los de las personas se mantuvieron ocultos en este capítulo para proteger el anonimato de los informantes y del grupo.

Referencias citadas

- BRANDES, STANLEY
 1965 "Tzintzuntzan Wedding: A Study in Cultural Complexity", en *Papers of the Kroeber Anthropological Society*, núm. 39, pp. 30-53.
 1981 "Like Wounded Stags: Male Sexual Ideology in an Andalusian Town", en Sherry Ortner y Harriet Whitehead, eds., *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 216-239.
 1988 "Power and Persuasion: Fiestas and Social Control", en *Rural Mexico*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- BRICKER, VICTORIA REIFLER
 1973 *Ritual Humor in Highland Chiapas*, University of Texas Press, Austin.
- CANCIAN, FRANK
 1965 *Economics and Prestige in a Maya Community: The Religious Cargo System in Zinacantan*, Stanford University Press, Stanford, CA.
- CARRIER, JOSEPH
 1995 *De los Otros: Homosexuality Among Mexican Men*, Columbia University Press, Nueva York.
- COLLIER, JANE FISHBURNE
 1973 *Law and Social Change in Zinacantan*, Stanford University Press, Stanford, CA.
- DOUGHTY, PAUL L.
 1979 "The Social Uses of Alcoholic Beverages in a Peruvian Community", en Mac Marshall, ed., *Beliefs, Behaviors, and Alcoholic Beverages: A Cross-Cultural Survey*, University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 64-81.
- EBER, CHRISTINE
 1995 *Women and Alcohol in a Highland Maya Town: Water Hope, Water of Sorrow*, University of Texas Press, Austin.
- FINKLER, KAJA
 1994 *Women in Pain: Gender and Morbidity in Mexico*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- FOSTER, MARY LE CRON
 1983 "Tzintzuntzan Marriage: An Analysis of Concordant Structure", en Jarich Oosten y Arie de Ruijter, eds., *The Future of Structuralism*, Herodot, Gottingen, pp. 127-153.
- GUTMANN, MATTHEW C.
 1996 *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley.
- HEATH, DWIGHT
 1985 "Emerging Anthropological Theory and Models of Alcohol Use and Alcoholism", en C. Douglas Chaudron y D. Adrian Wilkinson, eds., *Theories on Alcoholism*, Addiction Research Foundation, Toronto, pp. 353-410.
- INGHAM, JOHN M.
 1986 *Mary, Michael, and Lucifer: Folk Catholicism in Central Mexico*, University of Texas Press, Austin.
- KLAPP, O.
 1964 "Mexican Social Types", en *American Journal of Sociology*, núm. 69, pp. 409-415.
- LANCASTER, ROGER N.
 1992 *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*, University of California Press, Berkeley.
- LEACOCK, SETH
 1979 "Ceremonial Drinking in an Afro-Brazilian Cult", en Mac Marshall, ed., *Beliefs, Behaviors, and Alcoholic Beverages: A Cross-Cultural Survey*, University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 81-93.
- LOMNITZ, LARISSA ADLER
 1977 *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*, Academic Press, Nueva York.
- MADSEN, WILLIAM Y CLAUDIA MADSEN
 1979 "The Culture Structure of Mexican Drinking behavior", en Mac Marshall, ed., *Beliefs, Behaviors, and Alcoholic Beverages: A Cross-Cultural Survey*, University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 38-54.
- MÄKELÄ, KLAUS, ET AL.
 1996 *Alcoholics Anonymous as a Mutual Help Movement: A Study in Eight Societies*, University of Wisconsin Press, Madison.
- MENÉNDEZ, EDUARDO
 1990 *Morir de alcohol: saber y hegemonía médica*, Alianza Editorial, México.
- MENÉNDEZ, EDUARDO L. Y RENÉE B. DI PARDO
 1996 *De algunos alcoholismos y algunos saberes: Atención primaria y proceso de alcoholización*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- NAJERA-RAMÍREZ, OLGA
 1997 *La Fiesta de los Tastoanes: Critical Encounters in Mexican Festival Performance*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- NASH, JUNE
 1985 *In the Eyes of the Ancestors: Belief and Behavior in a Mayan Community*, Waveland, Prospect Heights, IL.
- NUTINI, HUGO
 1984 *Ritual Kinship: Ideological and Structural Integration of the Compadrazgo System in Rural Tlaxcala*, Princeton University Press, Princeton, NJ, vol. II.
- PARSONS, ELSIE CLEWS
 1936 *Mitla: Town of the Souls*, University of Chicago Press, Chicago.

- PAUL, BENJAMIN D.
1943 *Ritual Kinship: With Special Reference to Godparenthood in Middle America*, Disertación de doctorado, University of Chicago.
- PAZ, OCTAVIO
1961 *The Labyrinth of Solitude: Life and Thought in Mexico*, Grove, Nueva York.
- ROMANUCCI-ROSS, LOLA
1973 *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village*, National Press Books, Palo Alto, CA.
- ROSOVSKY, HAYDEÉ
1991 *What Mexican Males get in A.A.* (mecanoescrito).
- ROSOVSKY, HAYDEÉ, LETICIA CASANOVA
Y CUAUHTÉMOC PÉREZ
1991 "Las características de los grupos y de los miembros de Alcohólicos Anónimos", en *Anales del Instituto Mexicano de Psiquiatría*, pp. 138-142.
- TAYLOR, WILLIAM B.
1979 *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford University Press, Stanford, CA.
- VAILLANT, GEORGE
1995 *The Natural History of Alcoholism Revisited*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- VEGA, MARGARITA
2000 "Alcohol, Más Dura Contra la Mujer", en *Reforma*, 10 de septiembre [México].
- VOGT, EVON Z.
1993 *Tortillas for the Gods: A Symbolic Analysis of Zinacanteco Rituals*, University of Oklahoma Press, Norman.
- WARREN, J. BENEDICT
1985 *The Conquest of Michoacan: The Spanish Domination of the Tarascan Kingdom in Western Mexico, 1521-1530*, University of Oklahoma Press, Norman.